



ISBN: 978-607-02-6379-8

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones
sobre la Universidad y la Educación

www.iisue.unam.mx/libros

Pablo Toro Blanco (2015)

“La vida de los otros: la FECECH y su conflictiva relación
con el movimiento estudiantil en la universidad de Chile
(1978-1984)”

en *Movimientos estudiantiles en la historia de América
Latina IV*,

Renate Marsiske (coord.),

IISUE-UNAM, México, pp. 189-222.

Esta obra se encuentra bajo una licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional
(CC BY-NC-ND 4.0)

**LA VIDA DE LOS OTROS: LA FECECH Y SU CONFLICTIVA
RELACIÓN CON EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL
EN LA UNIVERSIDAD DE CHILE (1978-1984)**

Pablo Toro Blanco

INTRODUCCIÓN

La idea de que la FECH (Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, fundada en 1906) es, en cualquier coyuntura que se analice, un certero barómetro de la política chilena y un predictor eficiente de sus rumbos futuros ha formado parte del repertorio de *lugares comunes* sobre la época de creciente participación democrática que Chile vivió desde la década de 1920 hasta el arribo de la dictadura de Augusto Pinochet en septiembre de 1973. Si se atiende estrictamente a la perspectiva electoral, probablemente el fundamento de ese aserto se debería limitar a la década de 1960, primero con el episodio de hegemonía de las directivas estudiantiles demócrata cristianas y luego con el triunfo de plataformas de izquierda que preludiaron la llegada al poder de sus respectivas alianzas políticas.¹ Sin embargo, más allá de la precisión que pueda acarrear tal idea de la FECH como indicio del porvenir inmediato de la política chilena, es posible interpretar que la instalación de ese tema en el sentido común de la opinión pública se debe al pertinaz protagonismo que los estudiantes organizados de la Universidad de Chile han tenido en las principales etapas de cambio político y social acelerado en el país.

1 El lazo entre elecciones universitarias y cambio político nacional se reflejó claramente en los triunfos demócrata-cristianos en casi todas las universidades chilenas en los años inmediatamente anteriores a la llegada de Eduardo Frei Montalva al poder, según señalaba un analista coetáneo, Alistair Hennessy, en su estudio "Los estudiantes universitarios y la política nacional", 1970, p. 150.

Botones de muestra de ello serían, por ejemplo, las movilizaciones contra el régimen autoritario de Carlos Ibáñez del Campo en 1931, la integración protagónica a diversos episodios críticos de emergencia de demandas sociales (participación en manifestaciones populares urbanas de gran masividad como la ocurrida en abril de 1957), la vinculación con los propósitos de transformación socialista en la época de la Unidad Popular y, como colofón, la propia lucha política y gremial contra la dictadura militar, expresada en la búsqueda de fortalecer la organización estudiantil de los jóvenes opositores al régimen de Pinochet y, a partir de 1984, resucitar la histórica FECH entendiéndola como plataforma para la democratización del país.² A través de distintas coyunturas, la Federación ha sido vista como un eslabón principal de la cadena de fuerzas vanguardistas en el proceso político, social y cultural en Chile.

En continuidad con lo recién señalado, emerge con claridad uno de los roles que se sostiene que la FECH ha cumplido históricamente: ser un semillero de liderazgos y una permanente generadora de cuadros políticos.³ A esta dimensión se le ha concedido interés desde perspectivas generales que, usualmente, miran al movimiento estudiantil en su conjunto como un actor político-social comprometido con los cambios democratizadores y tributario de un espíritu progresista y libertario, que estaría en sintonía con tendencias correspondientes que, se sostiene, caracterizarían al proceso histórico chileno en general. Ahora bien, cuando se amplía la perspectiva y se atiende a tendencias estudiantiles que se apartan de la identificación canónica de las organizaciones universitarias con la izquierda política y el movimiento popular, es posible señalar al menos dos constatacio-

2 Sobre el papel protagónico de la FECH en los graves incidentes de abril de 1957, en que convergieron manifestaciones estudiantiles y obreras en el centro de Santiago y la organización universitaria se vio sobrepasada en la conducción del conflicto, es útil la lectura del texto de Pedro Milos, *Historia y memoria. 2 de abril de 1957*, 2007, pp. 392-409; Alejandro Rojas, presidente de la FECH, da testimonio de una mirada autocrítica de su papel como protagonista del movimiento estudiantil universitario de la Universidad de Chile durante la Unidad Popular en una entrevista en el texto de Ricardo Brodsky, *Conversaciones con la FECH*, 1988, pp. 133-150.

3 Esta dimensión es abordada, para las primeras décadas de existencia de la Federación, por Fabio Moraga en su artículo, "La Federación de Estudiantes. Semillero de líderes de la nación", 2005.

nes: la primera, que apunta a una certeza, es que ellas también son instancias de formación de cuadros políticos y parlamentarios de los sectores de derecha, lo que puede corroborarse al dar una mirada a buena parte de los cuadros de los partidos de ese sector que se forjaron en la dictadura: la UDI (Unión Demócrata Independiente) y, en menor medida, RN (Renovación Nacional).⁴ La segunda, que indica más bien un espacio de duda, deja en claro que el conocimiento y caracterización de tales tendencias está menos recorrido por la historiografía chilena.⁵

El propósito de las siguientes páginas es, en consideración a lo recién indicado, entregar una perspectiva acerca de los sectores de estudiantes organizados en la Universidad de Chile durante parte de la época de la dictadura militar, enfocando la atención en aquellos que encabezaron la singular experiencia de representación estudiantil fortalecida por las autoridades militares delegadas por el gobierno en dicha universidad y pensada como una forma alternativa a las tradiciones participativas del movimiento estudiantil en la Casa de Bello.

NACIMIENTO DE LA FECECH

Para tener una visión acerca del momento en que se pretende estructurar, desde los grupos oficialistas, una suerte de propuesta de un movimiento estudiantil controlado, afín al régimen militar y apolítico (de acuerdo al marco general de ataque a la idea de política que se dio en la época en Chile), es necesario remontarse a fines

4 Como simple botón de muestra, en lo que se refiere a la Universidad de Chile, considérese el caso del presidente de FECECH en 1981-1982, Pablo Longueira Montes, actual senador y líder principal de la UDI.

5 En una investigación reciente, Carla Arce presta atención a la actitud de los grupos estudiantiles de derecha y los contrastes y convergencias que ellos tienen con el movimiento estudiantil opositor en torno al restablecimiento de las formas de representación estudiantil tradicionales en el marco de la lucha contra la dictadura militar. Al respecto, consúltese su texto "La transición política de los universitarios de los 80'. Nociones de democracia y proceso de construcción democrática en la representación estudiantil de la Universidad de Chile y la Universidad Católica de Chile (1983-1985)", 2009.

de 1978, cuando las autoridades universitarias dieron el beneplácito para la instalación de un nuevo ente representativo del conjunto de los estudiantes de la principal universidad del país, tras varios años de abierta persecución tanto práctica como discursiva a cualquier forma que evocara al sufragio de los alumnos como fuente de legitimación. No se pretendía volver hacia una federación de estudiantes en el sentido de representación directa y universal que ésta tenía antes del golpe militar, lo que se explicitó en el reglamento de creación (“las federaciones de Centros de Alumnos de la Universidad de Chile que se crean en el presente Decreto, no son las continuadoras de la FECH”).⁶ Por el contrario, el propósito de la nueva Federación de Centros de Alumnos de la Universidad de Chile (FECECH) se hacía transparente en su nombre, que pretendía representar el principio de subsidiariedad y jerarquía piramidal que debería regir a la nueva institucionalidad universitaria. Por esto, se consideraba que los organismos básicos serían los centros de alumnos y que las instancias superiores sólo debían dar pautas generales y actuar donde y cuando aquellos no pudieran hacerlo. Mediante esta concepción se podía hacer eventualmente más comprensible el principio de la representación indirecta y, por ende, la generación no masiva de las cúpulas de la FECECH. En términos electorales esta solución aparecía como razonable para el oficialismo y las autoridades, pues mediante los mecanismos de votación de delegados que se propusieron originalmente en el estatuto de FECECH, como recuerda su primer presidente:

el sistema en cierta moda provocaba un empate a nivel de consejo de delegados, de manera tal que la elección de directiva del centro de alumnos era dirimida por la directiva saliente, y la primera directiva a su vez había sido designada. Eso fue pensado así porque de otra manera habría sido difícil que la rectoría aprobara la reforma que nosotros proponíamos. Hablando las cosas con absoluta franqueza, el sistema era autoprotegido y apuntaba a que hubiera continuidad en el grupo que estaba a cargo del centro de alumnos.⁷

6 Decreto Universitario núm. 12.948, 29 de septiembre de 1978.

7 Entrevista con Erich Spencer, realizada por Diego García, José Isla y Pablo Toro, 14 de enero de 1997.

El sistema de generación de delegados de cursos, promociones o carreras estaba reglamentado por el artículo noveno del estatuto de FECECH. Una pieza digna de una antología política que merece ser citada *in extenso*:

Para los efectos de tales designaciones, el presidente del respectivo Centro convocará especialmente a los alumnos de cada uno de los cursos, promociones o carreras, con el objeto de consultarles acerca de las personas más idóneas para ocupar los mencionados cargos. Cada estudiante de la promoción, curso o carrera respectivo deberá manifestar por escrito sus preferencias respecto de tres alumnos de ella. Una vez establecidas las preferencias expresadas en la consulta, el presidente, en presencia de alguna autoridad de la Facultad, carrera o Sede de Provincia, según corresponda, expresamente designado para tal efecto, quien actuará como Ministro de Fe, designará a los dos delegados, de entre las cuatro más altas mayorías expresadas en dicha consulta, dentro de los cinco días siguientes a la realización de ésta.⁸

En cuanto a la generación de la directiva, el estatuto original de la FECECH establecía que sería elegida por el Consejo de la Federación a propuesta de la directiva saliente. Indudablemente, esto introducía un elemento de subsidio permanente a los grupos políticos afines al régimen. Lo mismo puede decirse respecto al artículo transitorio número 3 del estatuto, que instituía que el primer presidente de la FECECH designaría a las directivas de los centros de alumnos que regirían durante el primer año de funcionamiento del nuevo sistema de representación estudiantil. Por otra parte, el mecanismo electoral entregaba a la directiva saliente un no despreciable peso en la sucesión de dirigentes, ya que tenía el equivalente a los votos de 1 500 estudiantes. Todo esto refuerza la apreciación retrospectiva de los dirigentes de la FECECH acerca del carácter autoprotegido de esta instancia de representación estudiantil.

La ceremonia de nacimiento de la FECECH se llevó a cabo en octubre de 1978 y tuvo una amplia cobertura en la prensa, inusual

8 Decreto Universitario núm. 12.948, 29 de septiembre de 1978.

atención para asuntos relacionados con el mundo estudiantil universitario. Para los jóvenes gremialistas que se reunieron en el Salón de Honor de la Universidad de Chile a presenciar el acto inaugural de la Federación, se iniciaba un proceso que conduciría a mayor participación y plena autonomía de la organización estudiantil frente a las autoridades universitarias. Esta expectativa no era compartida por todos los grupos de estudiantes oficialistas, señalaba Aníbal Vial, último representante del fenecido Consejo Superior Estudiantil que preludió la fundación de la FECECH, ya que había sectores que no compartían esa idea de independencia, lo que se había manifestado en los meses previos al nacimiento de la nueva institucionalidad de representación en “recientes intentos por vulnerarla de parte de autoridades locales de una determinada Facultad”, con lo que se hacía referencia a la hostilidad que sentían los sectores nacionalistas de la Facultad de Derecho, liderados por su decano Hugo Rosende, ante la estructura estudiantil gremialista, trasunto universitario del conflicto que separó aguas en el oficialismo entre “duros” y “blandos”.⁹ La expectativa de los sectores ligados a aquéllos parecía ser la de postergar de modo indefinido cualquier tipo de escenario que pudiera representar una vuelta hacia un sistema de participación ampliada.

Luego de su lanzamiento oficial, la FECECH continuó la labor que había sido desarrollada por el Consejo Superior Estudiantil. Así, en el verano de 1979 se llevaron a cabo los Trabajos de Verano de FECECH en la alejada y sureña localidad de Coyhaique, en conjunto con organismos de gobierno y planificadores regionales.¹⁰ El hito más interesante para el primer año de vida de la nueva estructura estudiantil, en un contexto nacional en que la disidencia frente al régimen comenzaba a hacerse cada vez más visible, fue, sin duda, el proceso de elección de delegados de curso, en el que casi 35 000 estudiantes votaron en Santiago para escoger a 490 delegados de curso

9 El nacimiento de FECECH y los discursos del rector Agustín Toro Dávila, de Aníbal Vial y de Erich Spencer se encuentran profusamente abordados en *Revista de la Universidad de Chile*, núm. 130, 12 de octubre de 1978, pp. 2-3.

10 *Revista de la Universidad de Chile*, núm. 155, abril de 1979, p. 11.

a fines de abril de 1979. Dichos delegados elegirían al año siguiente a los nuevos centros de alumnos. Pese a que, de parte de los estudiantes oficialistas, se intentó enfatizar el carácter no electoral de esta instancia —buscando centrar la elección de los delegados en aspectos personales antes que definiciones políticas— hubo llamados públicos a la abstención, formulados mediante panfletos del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y las Juventudes Comunistas (J.J.CC.). La naturaleza dirigida de la elección se hizo notar en detalles tales como que los vocales de cada mesa eran dos: uno por sorteo y otro designado por el centro de alumnos de cada facultad. Supuestamente, en esas elecciones no hubo candidaturas, aunque los estudiantes opositores, reconocidos y organizados mediante los comités de participación, eligieron en asambleas a sus candidatos con el propósito de maximizar sus votos. Ya antes los comités se habían manifestado, durante el breve y estéril proceso de consulta previo a la creación de FECECH, y mantuvieron, en general, una actitud reprobatoria frente a la institucionalidad estudiantil. Una de las situaciones más impugnadas por la oposición era el sistema de elección de los delegados de curso, de acuerdo con el ya mencionado artículo 9 del estatuto de FECECH. El vacío de legitimidad de esa llamativa norma fue asumido incluso por la propia dirección gremialista. Según señalaba el presidente de la FECECH

apenas asumió la nueva Federación, se efectuó un proceso de difusión y captación de inquietudes y sugerencias con respecto al proyecto, lo que culminó en que se decidiera solicitar públicamente al señor Rector la modificación del artículo 9, uno de los aspectos más críticos. Fuimos escuchados y ahora cada estudiante votará sólo por un compañero de su curso o promoción, y resultarán automáticamente elegidos quienes obtengan las dos primeras mayorías.¹¹

Desde la perspectiva de quienes miraban el complejo tramado normativo del edificio institucional levantado por el oficialismo para servir de residencia a la representación de los estudiantes de la

11 Revista *Qué Pasa*, núm. 420, mayo de 1979, p. 9.

Universidad de Chile, la situación resultaba desafiante y compleja. En palabras de uno de los líderes de la oposición, bajo el sistema de elección de la FECECH,

era difícil que la oposición tuviera tanta fuerza como para ganar las dos primeras mayorías de delegados de cada curso, por lo que generalmente se producía un empate en los cursos y por lo mismo en el consejo de delegados. La otra genialidad del sistema era que la primera directiva de centro de alumnos era designada y tenía voto dirimente. Entonces, al elegir centro de alumnos, el sistema era indirecto. Se votaba en el consejo de delegados, empatábamos a cinco, dirimía el centro de alumnos designado y ganaban ellos, y así sucesivamente año tras año.¹²

Respecto de los resultados de las elecciones, se inauguró una tendencia que acompañaría la mayor parte del periodo FECECH: la evaluación totalmente discordante de cifras de acuerdo con la visión de gremialistas u opositores. Según Spencer los resultados demostraban 53 por ciento de respaldo a la FECECH y 47 por ciento de votos correspondientes a sectores representativos de la oposición, mientras que según el Frente de Estudiantes Democráticos la oposición alcanzó cincuenta por ciento de los votos y el resto se dividió en treinta por ciento para los partidarios de la FECECH y veinte por ciento de independientes. La abstención habría alcanzado 29.4 por ciento del alumnado con derecho a sufragio. Otra interpretación entregada por sectores de prensa de la oposición le adjudicaban 59.2 por ciento de los votos.¹³ En términos generales, la situación se acercaba a un virtual empate, fruto de los singulares mecanismos de sufragio.¹⁴ Llamaba la atención que, *grosso modo*, los primeros cursos dieron mayor apoyo a la FECECH que los mayores y que en carreras como Diseño, Odontología, Agronomía e Ingeniería Forestal la tendencia

12 Entrevista con Yerko Ljubetic, realizada por Diego García, José Isla y Pablo Toro, 30 de diciembre de 1996.

13 Una tabla de los resultados de elecciones FECECH se publicó en la revista *Hoy*, núm. 101, mayo de 1979, pp. 9-10.

14 Revista *Qué Pasa*, núm. 421, mayo de 1979, p. 10.

de la FECECH se vio favorecida, así como la oposición predominó en las escuelas del Área Oriente. Probablemente, en su vuelta a los patios universitarios, la vida electoral de los estudiantes estaba mostrando que la penetración del discurso hegemónico antipolítico había calado hondo en las generaciones jóvenes. De todos modos, esa tendencia fue pasajera ya que, en la medida que las elecciones de dirigentes estudiantiles pasaron a formar nuevamente parte del escenario universitario, éstas adquirieron un fuerte paralelismo con los procesos generales que se daban en el país, particularmente en lo que se refiere a las crecientes críticas al autoritarismo gubernamental.

Las elecciones de delegados correspondientes a abril de 1980 mantuvieron el halo de misterio a la hora de las interpretaciones. Los resultados marcaron una tendencia al fortalecimiento de los estudiantes disidentes: pro FECECH 28.65 por ciento y oposición 59.20 por ciento. Un año con grados crecientes de agitación política, considerando que en septiembre se sometería a plebiscito la propuesta constitucional del régimen militar, más el contexto de la lucha democratizadora internacional y el prestigio ganado en ciertos sectores de izquierda por la triunfante salida nicaragüense a la dictadura somocista, eran el marco en el cual se dieron estas elecciones. La hora de las interpretaciones de los resultados electorales marcaba diferencias. Mientras “en esferas de gobierno se dijo que con esos resultados FECECH dominaría el 87.2 por ciento de los centros de alumnos [...] los opositores reiteran que el apoyo a FECECH apenas sobrepasa el 30 por ciento”.¹⁵ Inferencias que no eran lejanas de la realidad, pues hay que considerar que la mayoría que la FECECH tenía se debía a que ese organismo contaba de antemano con tres delegados en cada centro de alumnos. Cada sector reivindicaba del proceso electoral lo que le parecía más acorde a una legitimación de su discurso. Para Eduardo Silva, dirigente gremialista y próximo presidente de la FECECH estaba surgiendo un “nuevo tipo de dirigente estudiantil más auténtico, sano y universitario, en contraste con el antiguo líder político-estudiantil, de oratoria fácil y habilidad para halagar, pero que no respondía a los intereses universitarios sino a

15 Revista *Hoy*, mayo de 1980, núm. 149, pp. 19-21.

los de su carrera política en ciernes”. Por su parte, Felipe Sandoval, delegado opositor, de la Democracia Cristiana, interpretaba el aumento de la abstención como una forma de rechazo a la FECECH: “la opción es política y es bien clara. O se está con FECECH, y por ende con el régimen, o se está con la democracia, y por lo tanto con una verdadera universidad”. La abstención cercana a 40 por ciento y una alta definición en términos de votación por corrientes políticas habrían sido, según la visión de la izquierda, los hitos fundamentales de esta elección: “los propios estudiantes —dijo Patricia Torres, presidenta de Ciencias Humanas— han optado por un proceso más responsable y no han aceptado votar por el compadre o el de cara más bonita”. En términos político partidarios, el oficialismo no perfiló expresamente su conflicto interno entre “duros” y “blandos”. Por su parte, en la oposición, la izquierda aventajó a los demócrata-cristianos.¹⁶

Al margen de las interpretaciones discordantes, las elecciones de delegados de curso de abril de 1979 y 1980 pusieron en el paisaje universitario un escenario de debates, urnas, recuentos, propaganda encubierta o abierta, conciliábulos y comités. Una nueva polis que comenzaba a latir. Pugna de polos opuestos, prefiguración de grados de participación mayores voluntaria o involuntariamente cedidos, la FECECH fue el referente desde el cual, por acción u omisión, la dimensión política del mundo estudiantil universitario se perfiló para su resurrección pública.

FECECH Y SUS PROBLEMAS DE LEGITIMACIÓN

La aparición de la FECECH significó, como se ha indicado, un flanco preciso para que las críticas opositoras encontraran destino preciso. No obstante, en sus primeros años de existencia, no fue éste el único debate en que la entidad estudiantil oficialista se vio metida. Así, por ejemplo, la dificultosa relación con algunas autoridades universitarias, proyección del conflicto de sectores en el oficialismo, acom-

16 En *ibid.*, p. 18, figura una tabla con los resultados de la elección.

pañó a la dirigencia estudiantil gobiernista durante todo el proceso. Lo señalaba Patricio Melero, vicepresidente de la Federación, en septiembre de 1979:

la incomprensión por parte de algunas autoridades universitarias de que era necesario realizar una abertura [*sic*] en la organización estudiantil. Esto ha hecho que critiquen y no apoyen a la actual FECECH propiciando volver a un sistema en que los dirigentes son designados por la autoridad.¹⁷

También la FECECH tuvo que desarrollar una compleja relación con las estructuras administrativas y académicas surgidas en la universidad con la intervención militar. Un tópico de estos primeros años de la organización estudiantil gremialista fue incorporar un discurso modernizador, con un cierto contenido formalmente aperturista y crítico de los núcleos de poder en la institución. Esto queda claro en el discurso de asunción del mando de Eduardo Silva, que destacaba que “la mediocridad de sectores directivos o académicos les hace temer con razón que sus actuales posiciones de influencia no podrán mantenerse con la vigencia de nuevos esquemas más participativos”.¹⁸ No obstante este tipo de críticas, los dirigentes estudiantiles oficialistas no dudaban en endurecer sus perspectivas cuando dirigían su mirada al campo opositor.

La relación polémica con las autoridades administrativas también puede hallar su explicación en otro conjunto de problemas que se levantaban entre los dirigentes de la FECECH y la institucionalidad universitaria. En el contexto global de las inciertas pero, según los oficialistas, inevitables reformas que se cernían sobre el sistema universitario a inicios de la década de 1980, estaba en juego el rol que le tocaría jugar a la Universidad de Chile en el nuevo escenario que comenzaba a tomar forma. Era una situación conocida públicamente que las autoridades ministeriales encargadas de la educación nacional no tenían especial simpatía por el papel histórico que la Casa de

17 Revista *Presente*, núm. 5, septiembre de 1979, p. 11.

18 *Ibid.*, núm. 6, noviembre de 1979, p. 17.

Bello había desempeñado en los años recientes y que, por otra parte, dichas autoridades estaban penetradas por una cierta hostilidad a la cultura laicista, monopólica y estatista afincada, según su perspectiva, en la Universidad de Chile. Sucedió entonces que se levantó como tema el de la defensa de la universidad en el contexto de los nuevos balances de poder de todo el sistema universitario. En tal coyuntura, desde los grupos opositores se acusaba a los dirigentes de la FECECH de ser más leales a la proyección doctrinaria del movimiento gremial y, extremando las cosas, de ser “manejados a control remoto” desde la Universidad Católica, tierra sagrada del gremialismo. Las críticas que los dirigentes de la FECECH levantaban contra estos sectores que resentían la posibilidad de una pérdida del papel tradicional de la Universidad de Chile dentro del sistema universitario no hicieron sino más que agriar las relaciones entre “modernizadores” (campo al que adscribían gustosos los jóvenes gremialistas) y “tradicionalistas” (los así definidos por el gremialismo como defensores de la hegemonía histórica de la Universidad de Chile). Los dirigentes de la FECECH criticaban a estos sectores de académicos y funcionarios sosteniendo que

nos preocupa constatar, así, que desde el seno de estos últimos grupos se procura arrastrar a nuestra Casa de Estudios hacia una absurda y anacrónica pugna con otras Universidades, para lo cual incluso se reviven viejas pretensiones hegemónicas que no necesitamos y que la historia ya superó hace mucho tiempo.¹⁹

Los dirigentes estudiantiles gremialistas se definían, pues, en torno a un par polar que se estaba manifestando en un nivel mucho más global en el país: la lealtad a un pasado que se presentaba, en la persistente retórica oficial, como un nebuloso campo de politización estéril y viciosa, acompañado de ineficacia en la toma de decisiones y que competía con la promesa de la construcción de un futuro despolitizado y basado en la gestión técnica de quienes, desde un conocimiento *científico* precisamente generado en las aulas universi-

19 *Idem.*

tarias, debían conducir al país hacia un nuevo modelo de desarrollo que permitiría la superación de los traumas históricos recientes de la nación. El aprecio por este pragmatismo tecnocrático es un rasgo interesante de cotejar en la doctrina general de los dirigentes estudiantiles oficialistas, los que, por lo demás, provenían fundamentalmente de carreras de corte científico o matemático y mostraban un especial desdén por el incierto horizonte productivo de las carreras humanísticas.

Este rasgo se encuentra respaldado en el propio lenguaje que las directivas de la FECECH utilizaban cuando hacían declaraciones públicas frente a temas cruciales en el contexto del reordenamiento global del sistema universitario. Un temperamento sereno y desapasionado, un horizonte anclado en las decisiones técnicas y que se consideran a sí mismas como ajenas a toda contaminación ideológica, es lo que conforma el discurso gremialista en la Universidad de Chile en un momento en el que la suerte de ésta se encontraba en una encrucijada. Desde la perspectiva que regala el paso del tiempo, uno de los líderes de la organización estudiantil oficialista sostiene que, frente al proceso global de descentralización en que estaba empeñado el gobierno, a la FECECH le interesaba que la Universidad se adaptara a él, lo que significaba someter a discusión (en los términos sumarios que tal proceso puede haber tenido en la época) su naturaleza de universidad de cobertura nacional: “nosotros estábamos más bien por una atomización que no solamente se expresa en el concepto de la división regional de Chile sino que también se expresa respecto a cómo configuramos esto dentro de la Región Metropolitana misma, aquí en Santiago”.²⁰ O sea, los dirigentes estudiantiles gremialistas veían con buenos ojos la liquidación de la esencia nacional de la Universidad de Chile, decisión para la cual levantaban una serie de argumentos que se conciliaban más con la economía y la buena administración que con la historia. Sostenían que era necesario

20 Entrevista con Patricio Melero Abaroa realizada por Diego García, José Isla y Pablo Toro, 19 de agosto de 1996.

que la universidad mostrara un camino de desarrollo de largo plazo. Además, [los gremialistas de la Universidad de Chile] nos habíamos formado la percepción de que la extensión regional de la Universidad de Chile no la estaba beneficiando para nada. *Las sedes regionales gozaban de la marca de la Universidad de Chile, pero fuera de eso, no había beneficios mutuos ni para la universidad ni para sus sedes.*²¹

La polémica por la reducción de la Universidad de Chile al carácter de entidad meramente capitalina tuvo su expresión doméstica en la propia discrepancia acerca de la pertinencia de dividir temáticamente a la institución. Criterios de variada índole —entre los cuales el de la persistencia de una enraizada cultura de resistencia política estudiantil en el área de los estudios pedagógicos tuvo algo que ver— condujeron al planteamiento de segregar al Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile y convertirlo en Academia Superior de Ciencias Pedagógicas. En esta decisión, sostiene el dirigente recién citado,

creo que tiene que haberse pensado en su momento también lo siguiente: el Pedagógico era un foco conflictivo, y a la Universidad no le convenía tenerlo como sede, desde ese punto de vista de la imagen, el público pensaba que toda la universidad estaba en un mismo nivel de conflicto. *Es decir, mirado en jerga comercial, echaba a perder la marca.* Seguramente se tuvo presente el modelo de funcionamiento de universidades extranjeras, donde hay casos de universidades temáticas y específicamente pedagógicas.²²

Uno de los campos en que los estudiantes gremialistas detectaban una de sus principales falencias en su apelación a la comunidad estudiantil era el cultural. Es una noción claramente consolidada que, en las universidades, la lucha por la hegemonía de las expresiones artísticas, musicales y literarias y su vinculación con un de-

21 Entrevista con Eric Spencer, realizada por Diego García, José Isla y Pablo Toro, 14 de enero de 1997. El subrayado es nuestro.

22 *Idem.* El subrayado es nuestro.

terminado horizonte político era un campo de conflicto en el que el oficialismo tenía una profunda desventaja. Esta situación llevó a los estudiantes gremialistas a plantearse persistentemente el tema de la “lucha por la cultura” en el interior de los campus universitarios. Frente a esto, su diagnóstico era, en general, preocupante: como principal misión para el periodo 1979-1980, el vicepresidente de la FECECH, Ignacio Fernández, indicaba que era una prioridad “darle mucho énfasis a la parte cultural que está siendo utilizada por algunos grupos políticos como escudo de sus actividades, ajenas al quehacer cultural estudiantil”.²³

Tal como en los años previos, los estudiantes gobiernistas, ahora bajo el alero de la FECECH, crearon publicaciones periódicas para divulgar sus planteamientos entre los estudiantes. Las pretensiones de una cultura ajena a condicionantes coyunturales y compromisos con la prosaica realidad, un temperamento estilístico de un cierto esteticismo, se manifiestan en las editoriales de los jóvenes intelectuales oficialistas en su medio *Amancaes*, cuando sostienen que “nuestro deseo primordial es llevar la cultura hacia un aspecto de objetividad superior, tratando lo contingente desde una imparcialidad casi absoluta (aunque no se nos crea), para así lograr el ansiado «bien común» y la autorrealización”²⁴

Los estudiantes gremialistas se hacían cargo de la situación que afectaba a la cultura durante la primera parte de los años ochenta. Varios años de censura abierta o velada y un clima poco amable para las expresiones divergentes de una difusa verdad oficial habían conducido a un cierto letargo, que ellos mismos reconocían cuando sostenían que “nos topamos primero con una pasividad o «apagón» en un sector no poco importante del alumnado”. En cierto modo hijos del “apagón cultural”, los estudiantes oficialistas notaban que las actividades culturales que se daban en el mundo estudiantil se encontraban orientadas hacia un fin político explícito ya que

23 Revista *Presente*, núm. 6, noviembre de 1979, p. 19.

24 Revista *Amancaes*, núm. 1, abril 1980, p. 1.

está el sector con inquietudes culturales, entre los cuales algunos, de mejor o peor intención, confunden lo cultural con lo contingente, sea esto en política, religión, etc., llevando la cultura a su “lado”, haciéndonos bailar al compás de “su música”, bajo “su bandera”.²⁵

Frente a este panorama, la FECECH intentó fomentar actividades culturales mediante generosos y periódicos concursos de fotografía, pintura y literatura. Con todo, este estilo de difusión cultural no parece haber hallado terreno fértil y provechoso en el estudiantado.

El discurso apolítico del gremialismo de la Universidad de Chile, manifiesto en esta actitud frente a las expresiones artísticas y culturales, nos parece, en la perspectiva que otorga el horizonte temporal, un conjunto con rasgos de coherencia interna significativos, en la medida que se dirigía hacia todos los otros ámbitos del ser estudiantil universitario con la misma pretensión de asepsia doctrinaria al margen, como hemos indicado, del difícil y conflictivo cotejo con la praxis de los propios estudiantes oficialistas. En su universo ideológico, los gremialistas de la U pretendían imponer un nuevo concepto de dirigente universitario. De esta manera, para ellos lo que estaba en juego era el sentido fundacional de las nuevas formas de representación.

De acuerdo a lo recién indicado, es posible comprender que los dirigentes oficialistas desplegaran un discurso que sostenía una lógica *paralela* a la del repertorio tradicional de conceptos relativos a representación estudiantil. De esta manera es que se entiende que defendieran a pie juntillas el modelo de representación indirecta, alegando que

algunos medios de difusión y sectores universitarios, han opinado que el sistema es “un engaño”, puesto que lejos de introducir un factor de despolitización, mediante la no presentación de candidatos, los alumnos se habrían agrupado en dos bandos por la disputa del poder: los “oficialistas” y los “democráticos” presentando cada uno a sus respectivas candidaturas. Tales aseveraciones demuestran desconocimiento

25 *Ibid.*, p. 2.

de la realidad universitaria e inexactitud en el análisis del proceso electoral. Los factores de despolitización, trazados en los estatutos de FECECH, no impiden el hecho de que un grupo de estudiantes, todos miembros de una misma promoción o curso, se agrupen en forma espontánea para postular un nombre y votar todos por él. Sería irracional pensar que el estudiantado universitario no tiene afinidades doctrinarias, culturales, sociales y deportivas, que los induzcan a agruparse, más bien sostenemos que esto es altamente positivo, pues permite una concentración de los votos, fortaleciendo la representatividad de los elegidos. Lo que sí resulta inaceptable, es que aquella agrupación, hasta ahora espontánea, deje de serlo por la intromisión de corrientes ideológicas o partidos políticos interesados en controlar la organización estudiantil, valiéndose de un acto electoral netamente gremial. Los estatutos de FECECH, es esto lo que prohíben o intentan minimizar: la posibilidad de que dichos grupos ajenos y exteriores a la Universidad puedan promover candidaturas, montar campañas y, en el fondo, encasillar al estudiantado dentro de un esquema, privándolo de la verdadera libertad para elegir. Un segundo factor de despolitización, está en un hecho que durante los dos últimos años se ha venido dando: *la personalidad y características del nuevo dirigente estudiantil*. Se ha suplantado el tradicional líder político, de gran habilidad en la oratoria, demagogo, capaz de ser simpático con los que para él no lo son, capaz de repetir ramos para lograr su permanencia en la universidad y, por último, capaz de postergar sus principios e ideales con el fin de satisfacer a algún “padrino” que de afuera lo ampara. El líder de hoy es esencialmente universitario, se expresa con cierta dificultad aunque en forma segura y coherente, no promete más allá de lo que no está seguro de poder cumplir, aborda aspectos de interés y preocupación universitaria, marginando lo contingente que nada tiene que ver, y es al extremo cauteloso en no mostrarse protegido o al servicio de un gobierno, corriente ideológica, o partido político, manifestando con absoluta objetividad su posición frente a los diversos hechos. En definitiva el dirigente actual es esencialmente gremial, y esto despierta la ira de quienes quisieran una universidad “comprometida” al servicio de sus mezquinos intereses.²⁶

26 Revista *Presente*, núm. 8, mayo de 1980, p. 5.

Este apasionado alegato a favor del sistema de representación indirecto y sin identificación de corrientes políticas explícitas es testimonio de los diversos componentes lógicos del discurso gremialista: afirmación de la posibilidad de ejercicio de cargos directivos a partir de criterios de objetividad y desasimio político, primacía de las instituciones de base y sospecha de los organismos nacidos a partir de la participación ampliada, estigmatización de la presencia de frentes estudiantiles de partidos políticos en la escena universitaria y, por último, reconocimiento de la legitimidad de las opciones políticas individuales, siempre que no se expresen en términos activos y gregarios.

Tras los elementos que hemos destacado, es posible apreciar que hay una crítica de raíz a la manera en que usualmente se articularon los movimientos estudiantiles en la Universidad de Chile, tal como en otras tantas entidades superiores, durante buena parte del siglo xx. Un escenario estudiantil inmune al contagio disociador de las presiones partidistas era el paradigma que pretendían levantar los jóvenes gremialistas de la FECECH. Dicho ideal puede ser visto, en una perspectiva de más largo aliento, como parte de una tendencia secular presente en parte de la derecha chilena, que ha levantado la expectativa de una sociedad basada en formas de representación que se enmarcan en una concepción finalmente organicista de la sociedad, en que cada grupo funcional puede y debe asumir la gestión de sus intereses bajo el supuesto de obrar en concierto con el interés general de la colectividad. Este tipo de pensamiento se domicilia en el conjunto de una tradición ideológica de raigambre hispanista, católica y conservadora, que se encuentra en amplia circulación en las esferas universitarias de las cuales emergen los grupos primigenios del gremialismo, especialmente en el caso de la Universidad Católica.²⁷

El suelo gremialista aparece como un terreno fértil para la confluencia de la poderosa tradición ideológica recién indicada, que se encuentra corregida y aumentada, desde la perspectiva de una teoría

27 Carlos Huneeus ha destacado esta faceta al referirse, por ejemplo, a la influencia del sacerdote conservador Osvaldo Lira sobre esta parte de la derecha chilena. *Cfr. El régimen de Pinochet*, 2000, cap. VII.

de la sociedad bajo presupuestos *técnicos* antes que ético espirituales, con la renovada impetuosidad con que penetra el pensamiento neoliberal en el país desde la segunda mitad de la década de 1970. El tradicionalismo y los arrebatos tecnocráticos del nuevo paradigma liberal ensamblaron de modo afortunado en una coyuntura en la que una nueva manera de entender la organización de la política, la sociedad y la economía se veía fortalecida por su imposición *manu militari* y por su atractivo ideológico, que no se expresaba aún de modo generalizado ni consciente en sectores amplios de la población, pero del cual algunos de sus agentes de propagación más entusiastas eran los estudiantes gremialistas que ostentaban la hegemonía en la dirección de la representación estudiantil en la Universidad de Chile.

Esta nueva perspectiva para entender el proceso global de organización del país y el rol de la universidad en éste tenía necesaria y paradójicamente un planteamiento universalista, en que a los estudiantes oficialistas les era imperativo desarrollar un compromiso explícito de carácter político. Bajo el alegato formal de no estar fomentando la vuelta a la universidad de la vida política partidista, los jóvenes gremialistas fueron, sin embargo, militantes de una causa muy determinada y de definidos contornos, la cual era el proyecto de país planteado por el gobierno militar.

En virtud de lo anterior, el pretendido perfil apolítico de la FECECH, no obstante, sufrió de inconsistencias periódicas, en cuanto la coyuntura llevaba a sus dirigentes a explorar más allá de los caminos netamente gremiales. El entusiasmo desplegado por el oficialismo en pos de la aprobación de la Constitución mediante un plebiscito, llevado a cabo en circunstancias bastante desdorosas para la importancia del asunto, atrapó en las arenas de la contingencia a los dirigentes estudiantiles oficialistas, que se manifestaron públicamente en términos individuales e institucionales como partidarios de la aprobación del nuevo marco jurídico propuesto por el régimen.

EL MODELO FECECH RUMBO A SU QUIEBRA: DESBORDE OPOSITOR Y COLAPSO OFICIALISTA (1981-1984)

La circunstancia del plebiscito constitucional de septiembre de 1980 había crispado las relaciones entre estudiantes oficialistas y opositores en la Universidad de Chile. Lo que tenía de interesante esta situación es que formaba parte de un reciente proceso de emergencia a la luz de las tendencias partidarias en los campus universitarios. Pugna ahora transparente y extendida a los diversos rincones de la geografía cotidiana de los estudiantes universitarios, la controversia entre gobiernistas y opositores se tornó un elemento propio del cotidiano de la universidad.

La dirigencia estudiantil oficialista, infatuada por el discutible éxito electoral obtenido por las propuestas políticas del régimen militar y consciente de la necesidad de difundir su ideario a los alumnos y alumnas de la universidad, implementó durante los meses siguientes al plebiscito una actitud de decidido apoyo a las políticas gubernamentales en el sector universitario. Como ya se ha indicado, la FECECH manifestó su aprobación, mediante declaraciones públicas de sus más altos dirigentes, a la Ley General de Universidades que se promulgó al inicio de 1981, pese a que ésta había sido el resultado de un proceso en el cual los dirigentes estudiantiles no tuvieron la más mínima participación.²⁸

En el contexto de la aplicación de la Ley General de Universidades y de las reformas que ésta involucraba para el sistema universitario público comenzó a agitarse con mayor fuerza el cuestionamiento a los problemas económicos que afectaban a los estudiantes, en función de la creciente puesta en práctica del criterio de autofinanciamiento universitario, que traía aparejada la supresión de los mecanismos de pago de arancel diferenciado e implicaba consolidar al sistema de crédito fiscal como vía de financiamiento para los estudiantes que no dispusieran de los medios necesarios. Sistema inaugurado años antes de la radical reforma del sistema universitario en 1981 por parte del gobierno militar, el crédito fiscal había sido

28 Cfr. *Realidad Universitaria*, núm. 1, febrero 1981, p. 12.

reputado tempranamente como insuficiente por los dirigentes estudiantiles gremialistas, tendencia crítica que se mantuvo durante los años de existencia de la FECECH .

La preocupación de los dirigentes oficialistas por una dotación suficiente de crédito universitario que garantizara el acceso sin restricciones económicas de estudiantes a la universidad había constituido un tema de la agenda de las directivas de la FECECH en sus primeros años y no dejó de figurar entre sus máximas preocupaciones. Indudablemente, constituyó un factor de roce entre los dirigentes estudiantiles y las autoridades delegadas de la universidad, conflicto que ofrecía, sin embargo, múltiples matices, en la medida que cuando se anunciaba por las autoridades algún tipo de modificación en los montos asignados para financiar parcialmente los costos de la educación universitaria, bajo la vía del crédito fiscal, era frecuente que tal “conquista” fuera reivindicada como propia por las directivas gremialistas, mismas que elaboraban y difundían a través de sus publicaciones periódicas amplias críticas al sistema, fundamentalmente en cuanto a su aplicación antes que a su fundamento, el cual finalmente compartían: la educación superior era un bien que debía ser costado por quien la quisiera tener.

Como ejemplo de lo anterior debe considerarse a las diversas declaraciones públicas de las directivas gremialistas, tales como las de septiembre de 1982, en que se protestaba contra el establecimiento de una cuota adicional de matrícula.²⁹ Este episodio dio lugar a una singular escaramuza entre la directiva de la FECECH y el rector delegado, general Ernesto Medina Lois. Pablo Longueira Montes, a la sazón presidente del organismo estudiantil, se entrevistó ni más ni menos que con el presidente Pinochet y sostuvo a la salida del encuentro que había logrado la promesa presidencial de anular el cobro de la polémica cuota adicional. Tres días después, el rector se encargaba de desmentir públicamente a Longueira y sugería, en un tono lejano a lo académico y muy cercano a lo castrense, que las

29 En las revistas *Qué Pasa*, núm. 598, 16 septiembre de 1982, p. 12 y *Ercilla*, núm. 2469, 17 noviembre de 1982, p. 25, figuran entrevistas a los dirigentes estudiantiles gremialistas en que plantean su descontento con estas alzas a los costos de la educación en la Universidad de Chile.

declaraciones de la FECECH debían ser más cuidadosas, ya que “al que no le guste, hay otros organismos de educación superior que a lo mejor quisieran acogerlos”.³⁰

En el mismo ánimo de polémica frente a los mecanismos de financiamiento estudiantil se encuentran las expresiones del presidente de la FECECH, Manuel Sepúlveda, en 1983, cuando indicaba que, hasta que la organización estudiantil *logró* que se cubriera las necesidades de crédito fiscal de los 10 568 alumnos y alumnas que lo solicitaron en ese año, “los estudiantes habíamos sufrido por tres años la implementación del sistema de financiamiento universitario que no satisfacía a nadie y que urgía cambiar”.³¹ Desde este talante defensor de los intereses económicos de los estudiantes, el mismo dirigente indicaba que como FECECH “no permitiremos que un estudiante abandone sus estudios superiores por razones de compromiso económico con la Universidad”.³² A los jóvenes gremialistas les parecía preocupante el problema del crédito fiscal ya que, según información que manejaba la FECECH, la deserción universitaria había aumentado desde la instauración del nuevo sistema de financiamiento universitario, por lo que los dirigentes estudiantiles oficialistas solicitaban acceso ilimitado a crédito fiscal para evitarla. Sostenían que “la única manera de hacer valer el principio de igualdad de oportunidades es el otorgamiento de un crédito fiscal ilimitado”.³³ Hacia los últimos meses de funcionamiento de la FECECH esta permanente disputa con las autoridades acerca de la dotación de crédito y la oposición estudiantil a las alzas arancelarias se mantuvo, enturbiando las relaciones entre los dirigentes estudiantiles y la rectoría y generando posibles escenarios de abierto conflicto, tales como paros universitarios de protesta, que finalmente no sucedieron.³⁴

30 Para un seguimiento de las noticias vinculadas a esta discusión y a las relaciones entre FECECH y la rectoría de la Universidad de Chile, véase *Realidad Universitaria*, núm. 19, septiembre de 1982, p. 8, núm. 5 y posteriores.

31 Revista *Dadis Revinu*, núm. 1 agosto de 1983, p. 5.

32 *Idem*.

33 Entrevista con Manuel Sepúlveda, presidente de la FECECH, en *idem*.

34 La posibilidad de implementar un paro estudiantil frente a los problemas económicos fue ma-

Los permanentes planteamientos de las directivas de la FECECH a que las autoridades fueran más generosas en la dotación de recursos para respaldar crediticiamente a los estudiantes universitarios se enmarcaban, no obstante, en un panorama ideológico en que los mecanismos de financiamiento universitario debían ser entendidos como inscritos en una nueva lógica de las relaciones económicas, en un *nuevo trato* en el que los individuos, en tanto adquirentes de un bienpreciado simbólica y funcionalmente, como es la educación superior, debían entender que ésta tenía un costo que no podía ser sufragado mediante subsidios generalizados a la enseñanza universitaria. De tal modo, la idea de focalización del gasto público, viga maestra de los planteamientos que estaba llevando a cabo la política social del gobierno, de acuerdo con el paradigma neoliberal en curso, tenía mucho sentido para estos jóvenes dirigentes, singularmente maduros a la hora de aceptar este horizonte crecientemente restrictivo que se proyectaba. Incluso más: algunos de los dirigentes estudiantiles gremialistas a cargo de la FECECH entendían la nueva doctrina económica como una clave con la cual someter a reinterpretación la propia naturaleza de la relación entre estudiante y universidad. Es lo que se puede notar en las expresiones de Pablo Longueira, presidente de la organización estudiantil oficialista, cuando planteaba un concepto francamente mercantil de universidad. De acuerdo con su punto de vista, ya que el estudiante estaba entregando más (al tener que pagar su carrera), tenía derecho a opinar más y a adoptar una actitud crítica: “pienso que en la medida que nosotros cancelamos más por nuestra educación tenemos derecho a exigir más de la universidad”.³⁵

La lógica de mercado de los jóvenes gremialistas, que queda manifiesta en lo recién señalado, nos parece que debe ser entendida no como la mera ostentación de un raciocinio “de pizarrón”, esto es, una aplicación dogmática de un principio de fe frente a un conflicto complejo como era el de definir posiciones ante el problema del acce-

nejada ampliamente por las últimas directivas de la FECECH. Como ejemplo, puede cotejarse las declaraciones de Flavio Angelini, en *La Tercera*, 29 de enero de 1984, p. 15.

35 *Revista Cosas*, núm. 135, noviembre de 1981, p. 30.

so a la educación superior. En nuestra opinión, se inserta en un sentido mucho más amplio, en tanto nos franquea el acceso a una visión general de la universidad y de la sociedad que están planteando los dirigentes estudiantiles gremialistas a inicios de la década de 1980. Creemos que la perspectiva con la cual los estudiantes oficialistas percibían el problema del financiamiento universitario es un sitio fructífero que se nos ofrece para articular una mirada comprensiva a los procesos de cambio que, como ya hemos indicado, afectaron al país durante la primera parte de la década de los ochenta. Además, en la perspectiva que ofrece la continuidad del devenir histórico posterior, es también una coyuntura que resulta ilustrativa del desarrollo de parte de una generación que, posteriormente, desde las arenas de la política parlamentaria de la democracia reinaugurada en 1990, se abocará a la defensa sistemática de los elementos fundamentales de este nuevo orden que se ha impuesto con su colaboración.³⁶

Para los dirigentes oficialistas, el nuevo sistema universitario por construir también les significaba adaptarse a actuar sobre un escenario de fricciones habituales contra tendencias que eran inherentes a la imposición del nuevo orden: si la universidad se encontraba en el tránsito de gigantescos cambios, éstos empujaban tanto hacia las rutas que el paradigma neoliberal indicaba, siendo apoyados por el gremialismo de la FECECH, como también introducían en la escena universitaria tensiones antes ajenas a ella, hitos novedosos, efectos *no deseados* de una operación mayor sobre la institución completa. Es el caso, por ejemplo, de los intentos de adoctrinamiento que circularon en la universidad durante los primeros años de la década de 1980, bajo la figura de un proyecto rectoral de implantación de una cátedra obligatoria de Seguridad Nacional para todos los estudiantes de la universidad.³⁷ Frente a esta perspectiva, que pretendía actualizar en las aulas universitarias una aspiración querida por los sectores más autoritarios y nacionalistas del régimen, la directiva de

36 No puede pasar inadvertido el hecho de que entre los líderes más importantes de la Unión Demócrata Independiente (la UDI, principal bastión político de los defensores del régimen militar) figuren durante el periodo posterior a la dictadura varios de los dirigentes estudiantiles de la época que estudiamos, entre los que destacan Patricio Melero y Pablo Longueira.

37 *Idem.*

la FECECH se planteó de manera rotundamente crítica, indicando la impertinencia de esa iniciativa. En éste, tal como en otros episodios, los dirigentes estudiantiles oficialistas hacían uso de amenazas, tonos enérgicos y emplazamientos que emparentaban su actuar con la tradición contestataria de los movimientos estudiantiles históricos de la Universidad de Chile, pero desde un pragmatismo que sabía disociar perfectamente las aristas más peligrosas y las de menos cuidado en el roce contra la autoridad delegada a cargo de la Casa de Bello.³⁸

Los numerosos baches y resaltos que ofrecía el camino de la transformación radical de la universidad provocaban, muy ostensiblemente, una serie de problemas sobre los cuales los estudiantes oficialistas creían que debían pronunciarse. Siendo una de las bases discursivas de legitimidad del gremialismo su proclamada preocupación por los aspectos propios de la convivencia universitaria, la formación de los estudiantes y la excelencia académica, era esperable que los dirigentes universitarios gobiernistas de la Universidad de Chile tuvieran que manifestar su inquietud ya que, según sus propias palabras, se estaba llegando, en los inicios de la década de 1980, a que el sistema universitario estuviera produciendo un tipo de alumnado egoísta, sin proyección social, enfocado sólo a su perfeccionamiento individual.³⁹ Junto con esto, también preocupaba a los gremialistas de la FECECH la progresiva disociación que se estaba dando entre profesores y alumnos en la universidad, producto de la desmedrada situación que tenían los académicos, sometidos a desventajosas condiciones económicas que los llevaban a emprender un éxodo hacia otros planteles de educación superior.⁴⁰

La perspectiva gremialista sobre la universidad, que se levantaba a partir del ya indicado discurso de independencia frente a poderes e

38 En el caso que indicamos, considérese la enérgica negativa de Longueira a la cátedra de Seguridad Nacional, formulada en *idem*: "parto de la base que si el rector nos reconoce como organismo canalizador de las inquietudes de los estudiantes y nosotros hemos dicho en varias formas que no queremos que esa cátedra sea obligatoria, si se implanta creo entonces que la conversación llegó a su fin".

39 Es lo que puede apreciarse en las declaraciones del presidente de la FECECH, Pablo Longueira, en entrevista consignada en *idem*.

40 Es la preocupación que manifiesta el último presidente de FECECH, Flavio Angelini, en entrevista publicada en el diario *La Tercera*, 29 de enero de 1984, p. 15.

influencias externas a ella y que suponía una actitud de defensa radical de la vida universitaria, se encontró tensada al máximo durante sus últimos años a cargo de la representación de los estudiantes de la Universidad de Chile. Tal tirantez se producía especialmente en virtud de la discordancia de fondo que existía entre las autoridades delegadas de la Casa de Bello y los dirigentes gremialistas: primaba una relación de desconfianza, manifestada en que los rectores veían con preocupación la posibilidad cierta de que FECECH cayera en una crisis terminal de legitimidad y que, para intentar revertir su escasa penetración en las adhesiones de los universitarios, buscara marcar distancia frente al ideario común que, en definitiva, vinculaba a la autoridad y a los dirigentes oficialistas, alimentando, paradójicamente, las críticas a la cadena de mando que debía imperar sin contraste en la universidad.

El problema de la pérdida del control de la representación universitaria, que se había ido dando en la medida que las formas de participación se apartaban más del modelo inicial propuesto en el estatuto FECECH de 1978, agriaba los lazos entre la FECECH y Rectoría. Comenzaban a colarse por los intersticios de la organización oficialista los efectos combinados de la presión opositora, expresada como movilización activa y rupturista en el propio esquema de la FECECH y, por otra parte, como el cáustico recurso de la abstención que, a lo largo de la vida de esta federación, fue minando fuertemente su legitimidad.⁴¹

En este camino terminal de la organización oficialista hubo una serie de pasos que fueron debilitando la rigidez del esquema de elecciones planteado en 1978. Así, por ejemplo, las frecuentes y masivas críticas que se levantaron frente a los procedimientos de inscripción de candidatos de acuerdo al estatuto original, que impedían la postulación anticipada y pública de aspirantes al cargo de delegados de curso, condujeron hacia reformas que fueron colaborando a la

41 Durante la existencia de FECECH hubo permanentemente altas tasas de abstención, lo que hace pensar en la desconfianza que el sistema sembraba en el estudiantado. Como ejemplo de esta tendencia, puede considerarse la elección de delegados correspondiente a 1980, en que se calculó en un 40 por ciento la abstención estudiantil. *Cfr.* revista *Hoy*, núm. 140, 30 de abril al 6 de mayo de 1980, p. 33.

creación de un clima electoral cada vez más semejante a la tradición histórica del movimiento estudiantil en la Universidad de Chile. Testimonio de esto es la disposición que, para las elecciones de delegados de 1982, modifica el reglamento de elecciones, permite la inscripción de candidaturas individuales y amplía el proceso electoral a ocho días, que se extienden desde la inscripción hasta la votación misma.⁴² Es indudable que la maciza estructura de las adhesiones políticas en el estudiantado, que se había mantenido subterránea durante los años anteriores y comenzaba a aflorar al compás de las críticas cada vez más amplias y generalizadas al régimen, se hizo cada vez más visible, poblando el paisaje de las sedes universitarias, en un despliegue de referencias ideológicas cada vez más explícitas: los apurados trazos de anónimas brochas y pinceles, dibujando sobre los lienzos negros y naranjas frases cargadas de crítica y rebeldía, le confirieron a los campus de la Universidad de Chile la impronta de un escenario más en el juego de oposiciones radicales que agitaba al país. Para las ambiciones del gremialismo de conservar a la universidad intocada por los avatares de la contingencia, este proceso se vivió como la destrucción de una expectativa que, por otra parte, nunca había sido totalmente lograda de acuerdo a sus presupuestos originales.

El avance opositor y la amenaza de un desborde de la estructura representativa oficialista llevaron a las autoridades a evaluar la conveniencia de mantener su respaldo a la FECECH, lo cual queda de manifiesto en las poco conciliadoras palabras del rector delegado Ernesto Medina Lois quien sostenía, al dar inicio al año académico 1982, que

confiamos en la inteligencia y madurez de nuestros jóvenes alumnos y estamos ciertos que la existencia misma de una organización de estudiantes estaría en juego, si no se dieran las condiciones de participación y consiguiente representatividad, que la comunidad universitaria toda desea.⁴³

42 Revista *Hoy*, núm. 260, 2 al 8 de junio de 1982, p. 15.

43 Ernesto Medina Lois, *Inauguración del año académico 1982. Discurso del Rector*, Santiago de Chile, Universidad de Chile, 1982, p. 12.

Mediante la alocución recién indicada, el rector planteaba a los dirigentes oficialistas como misión ser un dique que encauzara y contuviera las inquietudes estudiantiles. La FECECH, sin embargo, ya no estaba en condiciones de cumplir esta función, a partir del hecho que la estructura misma de la organización se encontraba fuertemente agrietada, azotada por los embates opositores. Hacia finales del periodo de la FECECH, en su periódico de fugaz existencia, podemos encontrar una polémica entre estudiantes que concentra, precisamente bajo la alegoría estructural de un muro, las contradicciones que condujeron al colapso del edificio estudiantil gremialista. La crítica de un dirigente disidente acerca del esquema de su funcionamiento sostenía que

FECECH fue impuesta de arriba hacia abajo; nació sin el cimiento que son los estudiantes de la Universidad, de ahí su necesidad de llegar hasta la tierra, al contacto con las bases. Pero no se pueden construir los cimientos después de que la muralla ya ha sido levantada.⁴⁴

De esta manera, se le planteaba a los dirigentes gremialistas la necesidad de proceder a desmontar la compleja trama electoral de la organización estudiantil y restituir el principio de elección directa y universal de los representantes del alumnado. La respuesta de la directiva de la FECECH no se dejó esperar:

¿ha pensado, señor Sáez en la verdadera intención de estos “seudo reivindicadores” de los derechos estudiantiles? ¿Ha pensado que esa intención no es otra que la de llevar a una organización netamente gremial a la arena del enfrentamiento político?, ¿y que eso significaría irremediablemente que el movimiento estudiantil estaría manejado por el partido de turno cuyos dirigentes buscarían sólo satisfacer sus inquietudes políticas, gastando el dinero de todos los estudiantes en un proselitismo que en nada ayuda a la organización estudiantil? ¿O cree, señor Sáez, que una elección directa no acarrearía todo ese caos y que no se dejarían de lado los problemas que les son propios a los estudiantes?⁴⁵

44 “Carta de L. Felipe Sáez, del Centro de Alumnos de Arquitectura”, en *Dadis Revinu*, núm. 1, agosto 1983, p. 2.

45 “Respuesta de directiva FECECH a carta de L. Felipe Sáez, del Centro de Alumnos de Arquitectura”, en *idem*.

La virulencia de la respuesta de los dirigentes gremialistas estaba en sintonía directa con la sensación de crisis que transmitía la FECECH en sus últimos meses de vida. A partir de 1983, los estudiantes opositores comenzaron a privilegiar la realización de elecciones de centros de alumnos de modo directo, pasando por sobre las normativas de la entidad gremialista. El resultado de esta estrategia fue que, a inicios de 1984, predominaban los centros de alumnos de simpatías opositoras, los que, con todo, no eran reconocidos por la directiva de la FECECH.⁴⁶ De modo tal que, en la respuesta a las críticas del dirigente opositor, se trasuntaba la preocupación frente a la inminente resurrección de la FECH, asunto que los dirigentes gremialistas rechazaban abiertamente basados en sus ya clásicos argumentos contra la politización inherente al sistema de votación directa.⁴⁷

Flavio Angelini, último presidente de la FECECH, ya manejaba a mediados de 1984 la muy predecible hipótesis de la disolución del organismo estudiantil. Anunciaba que el gremialismo no participaría en el referéndum convocado por los centros de alumnos elegidos por votación directa que tenía como objetivo resucitar a la FECH y sostenía que el paralelismo que habían desarrollado los centros de alumnos democráticos hundió a la FECECH con el objetivo de implantar una FECH al viejo estilo, o sea, según su punto de vista, con transparentes vínculos con los partidos políticos, fundamentalmente de izquierda.⁴⁸

El apasionado alegato del dirigente estudiantil parecía hacer las veces de epitafio, siendo un alegato final contra el inevitable colapso de un modelo de representación estudiantil basado en una lógica que no se emparentaba con la tradición de los movimientos estudiantiles en la universidad y que, por otra parte, no había logrado el concurso de una legitimación a través de campos paralelos a los meros mecanismos electorales: era, en definitiva, la constatación de una derrota, si se le quiere entender como una batalla en el marco discreto de

46 Las alternativas de este proceso, para la segunda parte del año 1983, se encuentran bien descritas en *Realidad Universitaria*, boletín publicado por la Academia de Humanismo Cristiano.

47 Cfr. "¿Queremos politizar a la organización estudiantil?" y "La FECH no volverá", en *Dadis Revinu*, núm. 2, noviembre de 1983, p. 3.

48 *Revista Cosas*, núm. 202, 28 de junio de 1984, p. 35.

su aplicación al conjunto de los estudiantes de la Universidad de Chile. Dicho revés se entendía en la medida que, tal como había sido el diagnóstico de directivas anteriores de la FECECH, se había prolongado la deficiente penetración de los ideales gremialistas en el alumnado de manera masiva, siendo sólo círculos muy estrechos los que habían estado abiertos a la recepción del nuevo credo.

A mediados de 1984 colapsaba, pues, la institucionalidad de representación estudiantil que, bajo diversas formas, había sido conducida por los gremialistas en la Universidad de Chile durante casi una década. Un esquema que había pretendido expandir y legitimar por el uso la idea de la representación indirecta y que había sido calculado para subvencionar permanentemente a los cuadros estudiantiles simpatizantes del oficialismo mediante intrincados mecanismos electorales. Mientras las urnas se emplazaban en los patios de las diversas sedes de la universidad, listas para recibir los votos que permitirían, mediante un proceso trabajoso y algo oscuro, reconstituir a la histórica FECH, bajo la alianza táctica de los estudiantes democristianos y de izquierda, los estudiantes gremialistas veían naufragar su propuesta de representación estudiantil basada en el pretendido apoliticismo y la autonomía de los cuerpos intermedios.⁴⁹

Como se ha indicado, un factor que ayuda a entender este resultado es la penetración sólo superficial que tuvieron los ideales gremialistas en el conjunto de los estudiantes que ejercían efectivamente su dimensión asociativa dentro de la universidad. En este sentido, la falta de articulación de un discurso integrador, atractivo y de mecanismos efectivos de socialización de sus ideas, habría jugado el rol de un cerco para la propuesta de la FECECH, pese a que durante toda su existencia contó con medios suficientes para ello.

49 El proceso de convocatoria a plebiscito para un congreso de constitución de la FECH tuvo que atravesar por agudos problemas de legitimidad, tales como la falta de mayoría real en las votaciones llevadas a cabo para establecer dicho congreso. Al respecto, se halla el testimonio de Yerko Ljubetic, protagonista principal de esa situación. *Cfr.* Entrevista con Yerko Ljubetic, realizada por Diego García, José Isla y Pablo Toro, 30 de diciembre de 1996.

Con respecto de lo anterior, se les hacía evidente a los directivos gremialistas que no habían logrado involucrar en un consenso activo a sus seguidores, entregándoles por omisión a los opositores todos los espacios propios del hábitat cotidiano de la vida universitaria. Así, precisando un diagnóstico del porqué del auge del movimiento estudiantil de oposición, los estudiantes oficialistas notaban que los opositores

contaban con la asistencia de alumnos que por diversas razones (venir de provincias, pertenencia a ciertos grupo socioeconómicos, diferente formación), no lograron integrarse con la mayoría de sus compañeros. Éstos, a su vez, se veían absorbidos en exceso por la carga académica y por la liviandad, lo que los llevó a caer en una lamentable negligencia: el egoísmo comenzó a sustituir al compañerismo, la competencia a la amistad, la frivolidad a la solidaridad, la desidia a la participación.⁵⁰

Estas observaciones significaban una clara autocrítica, la que, no obstante, no podía llegar a la profundidad suficiente como para tomar nota de que, en los términos de lograr un consenso activo, había una incompatibilidad radical entre el discurso gremialista (privatizador de los espacios universitarios y deficiente constructor de legitimidad) y el poderoso atractivo que, bajo la empresa colectiva y articuladora de ciudadanía universitaria implícita en la lucha antidictatorial, les ofrecía a los estudiantes el conglomerado de centros de alumnos opositores en la universidad.

En sus últimos meses, la FECECH llevó a cabo la publicación de un periódico que, como otros medios anteriores, intentó difundir los puntos de vista de la directiva estudiantil. Rescatamos el hecho, que podría caer en el amplio continente de lo anecdótico, en la medida que nos abre una puerta interpretativa para entrar en el meollo de la contradicción —que se hallaba cada vez más explícita— entre el ideario de los dirigentes gremialistas y los procesos contingentes que llevaban a la vida interna de la universidad a restablecer sus vínculos seculares entre los movimientos estudiantiles y la política nacional, en este caso bajo las urgencias de la lucha contra la dictadura.

50 "Frente a la acción de los grupos políticos", en *Dadis Revinu*, núm. 1, agosto 1983, p. 5.

Dadis Revinu, el título de la publicación gremialista, nos ofrece un juego de palabras mediante los cuales confrontar expectativas y realidad. Si se pone al periódico frente a un espejo, como indicaban sus editores, se nos aparece el nombre de la universidad. Con ello, los jóvenes gremialistas querían dar a entender que dicho medio escrito (y, a la larga, sus ideales) eran el mejor reflejo de la universidad. Lo cierto es que, complementariamente y desde una línea de interpretación distinta, se podía señalar que, en este mundo y no en el de las imágenes reflejas, el nombre del periódico simplemente dejaba en evidencia que se estaba presentando a la Universidad de Chile al revés, contra su esencia histórica, bajo una gramática que, por alteración de la solidaridad sintagmática de los elementos que componen la palabra, no tenía sentido si no era bajo la nueva clave que los estudiantes oficialistas pretendían entregar.

El contraste que hemos indicado es, a la larga, lo que nos parece que constituye el núcleo de la deficiencia del gremialismo para poder expandir su prédica apolítica: en una universidad situada en el ojo del huracán de un proceso de cambios acelerados, llevado a cabo bajo una legitimidad ampliamente cuestionable, la identificación de FECECH con la proyección del régimen dentro de la Casa de Bello les enajenó a los gremialistas la credibilidad de amplios sectores del estudiantado. La FECECH era vista como parte de esta imagen distorsionada que ofrecía una universidad al revés, pese a los esfuerzos que llevara a cabo por inaugurar una mística marcada por las expectativas de implementar un giro radical en el país, como planteaban los redactores de *Dadis Revinu*:

la Universidad es la riqueza más preciada de una nación; dentro de sus recintos se forman los jóvenes que la sobrellevarán y que pueden hacerla poderosa o pobre. La universidad es un raro espejo, donde la realidad nacional de los próximos años se refleja en ciernes, en formación. Es el deber nuestro crear este reflejo. Poseemos la bola de cristal.⁵¹

51 *Ibid.*, p. 3.

Así, a mediados de 1984, para los gremialistas de la Universidad de Chile resultaba, pues, evidente que su expectativa de desterrar la política de las aulas universitarias se hallaba frustrada, especialmente en la medida que los universitarios se habían ya consolidado como protagonistas centrales de las protestas contra el régimen (eventos concertados entre políticos, estudiantes y prensa opositora nacional y extranjera, que sembraban violencia y atentaban contra el orden, según la visión de la FECECH).⁵² Así, no fue de extrañar que, a pesar de los varios años de prédica apolítica del gremialismo desde situaciones de poder, privilegio y recursos, esta tendencia, expresada en la FECECH, no pudiera resolver sus contradicciones propias y las interdicciones ajenas, provenientes de un enérgico movimiento estudiantil opositor que sostuvo un encarnizado conflicto con *los otros*. Esta pugna abierta por la concepción de qué tipo de representación estudiantil debía existir en la Universidad de Chile tuvo como resultado final que, en el contexto de la lucha antidictatorial, la histórica FECH volviera por sus fueros, bajo nuevas preocupaciones y en un país cuyos profundos cambios le plantearía en los años venideros serios desafíos a los tradicionales lazos entre estudiantes y política.⁵³

BIBLIOGRAFÍA

Diarios, Revistas y documentos

Dadis Revinus, Periódico de la Federación de Centros de Estudiantes de la Universidad de Chile, 1983.

Diario La Tercera, 1984.

Medina Lois, Ernesto, *Inauguración del año académico 1982. Discurso del Rector*, Universidad de Chile, Santiago de Chile, 1982.

Realidad Universitaria, Boletín de la Academia de Humanismo Cristiano, 1983.

52 *Ibid.*, p. 7.

53 Acerca de los desafíos de la renacida FECH, es útil la consulta del texto colectivo editado por Ricardo Brodsky, *Conversaciones con la FECH*, 1988.

Revista Cosas, 1981.

Revista de la Universidad de Chile, 1978-1979.

Revista Hoy, 1979-1982

Revista Qué Pasa, 1979-1982.

Universidad de Chile, *Decreto Universitario núm. 12.948*, 29 de septiembre de 1978.

Libros, tesis y artículos

Arce, Carla, “La transición política de los universitarios de los 80’. Nociones de democracia y proceso de construcción democrática en la representación estudiantil de la Universidad de Chile y la Universidad Católica de Chile (1983-1985)”, tesis de magister en Historia, Santiago de Chile, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2009.

Brodsky, Ricardo, *Conversaciones con la FECH*, Centro de Estudios Sociales (CESOC), Santiago, 1988.

García Monge, Diego, José Isla Madariaga y Pablo Toro Blanco, *Los muchachos de antes. Historias de la FECH. 1973-1988*, Santiago de Chile, Universidad Alberto Hurtado, 2006.

Hennessy, Alistair, “Los estudiantes universitarios y la política nacional”, en Claudio Véliz (edit.), *El conformismo en América Latina*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1970, pp. 133-175.

Huneus, Carlos, *El régimen de Pinochet*, Santiago de Chile, Sudamericana, 2000.

Huneus, Carlos, *Movimientos universitarios y generación de élites dirigentes: estudio de casos*, Corporación de Promoción Universitaria (CPU), Santiago de Chile, 1973.

Milos, Pedro, *Historia y memoria. 2 de abril de 1957*, Santiago de Chile, Ediciones Universidad Alberto Hurtado/LOM (Colección Historia), 2007.

Moraga, Fabio, “La Federación de Estudiantes. Semillero de líderes de la nación”, en *Anales de la Universidad de Chile*, sexta serie, núm. 17, Universidad de Chile, Santiago de Chile, diciembre de 2005, pp. 153-171.